

trágicamente la escena. Aben-Humeya, de pie, de espaldas a la puerta, y doña Isabel, de rodillas, bajo el segundo arco de la izquierda, contemplan inmóviles la escena. En la plaza se oye el vocerío de la multitud.)

ZAHARA

¡Mírame!...  
¡Mi venganza llegó al fin!...  
¡Contéplame bien la cara,  
y acuérdate de Zahara,  
la mora del Albaicín!

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

Las almenas de un castillo en Válor, desde donde se divisa, al fondo, el magnífico y salvaje panorama de la sierra, pródigo en valles fértiles, bosques frondosos y picachos nevados. A la izquierda, en primer término, un alto y fuerte torreón, al cual se penetra por un arco del más puro estilo árabe. En el lienzo del torreón, un ajimez con espesas celosías de colores. A la derecha, una amplia puerta de herradura que conduce a la esplanada del castillo. Es media tarde.

### ESCENA PRIMERA

ZAHARA y ABEN-HUMEYA.

Aben-Humeya aparece apoyado en las almenas, contemplando las cumbres lejanas, como siguiendo el vuelo de un sueño muy vago y muy remoto. Zahara, a su lado, como queriendo arrancarle de aqueña contemplación.

ZAHARA (Insinuante, anhelando penetrar en lo más íntimo de sus pensamientos.)

¿Qué voraces y ocultas pesadumbres  
tu corazón devoran hoy, que impera  
el orgullo triunfal de tu bandera  
sobre la nieve de estas altas cumbres?  
Después de quince lunas de combate,  
donde al cristiano, sin cesar, venciste,  
¿acaso en toda la Alpujarra existe  
algún lugar que tu poder no acate?  
Bajo tu alfanje se humilló Castilla;  
tu gloria en todo su esplendor destella,  
¡y más que el sol en el cenit, tu estrella,

sobre estos montes victoriosa brilla!  
Delante de tus bandos de monjes  
y tus bravas escuadras de africanos,  
como palomas ante los neblies,  
huyen y se desbandan los cristianos.

(Queriendo romper el hondo silencio de Aben-Humeya.)

Mas ¿qué empañá la luz de tu mirada?

¿Qué te falta, señor?

HUMEYA

(Cómo respondiendo a sus propias interrogaciones.)

Le falta una

perla al regio collar de mi fortuna...

ZAHARA

¿Una perla le falta? (Con extrañeza.)

HUMEYA

(Con voz profundamente emocionada.)

¡Mi Granada!

Sólo por ella me lancé a la guerra;  
por romper su prisión...

(Como si la ciudad remota y querida se alzase ante sus ojos, corporizada en sus propios sueños.)

¡Juntos daría

todos, todos los reinos de la tierra,  
por mirarte otra vez, Granada mía!...

(Queda un momento con la frente apoyada entre las manos, con los ojos cerrados, como para ver mejor en el fondo de su alma la visión que le obsesiona.)

ZAHARA

(Queriendo reanimarle, embriagándole con el sueño heroico y sonoro de sus palabras evocadoras.)

Pues pronto, del cristiano vencedores,  
blandiendo al sol desnudos los aceros,  
penetrarán en ella tus guerreros  
a compás de tus roncós atambores...

¡Coronarán sus muros tus valientes,  
y otra vez en sus mágicos confines  
resonará la voz de los muezines  
llamando a la oración a los creyentes!...

¡De nuevo alegrarán nuestras miradas  
las gloriosas enseñas islamitas,  
y el estandarte de los Omniadas  
sobre las torres de sus cien mezquitas!...

¡Y a la azul claridad de los luceros,  
a compás de las músicas gimientes,  
entre el perfume de los pebeteros  
y el suspirar callado de las fuentes,

otra vez, en los patios de la Alhambra,  
las odaliscas de tu harem, cautivas,  
sus velos rasgarán, en las lascivas  
fiestas de luz de la morisca zambra!...

(Reparando en la indiferencia desdeñosa de Aben-Humeya, que continúa como ajeno a sus palabras; cambiando de tono, con dolorosa humildad.)

¿Acaso mi palabra te importuna?

¿En qué, señor, tu esclava te ha ofendi-  
que de tus ojos ni siquiera una [do,  
mirada su presencia ha merecido?

¡Aparta! ¡Déjame! (Rechazándola.)

HUMEYA

ZAHARA

(Aproximándose nuevamente, sollozante.)

Pero ¿qué tienes,

que hasta escuchar mi voz te causa eno-  
[jos?...

¡Siempre en tus labios para mí desdenes  
y siempre duros para mí tus ojos!

HUMEYA

(Friamente.)

¡Calla, Zahara!... ¿Para qué te empeñas  
en amargar mi vida a todas horas,  
con esas necias lágrimas que lloras  
y esos vagos recelos con que sueñas?

¿De qué te quejas, dí?...

ZAHARA

¡De tu desvío!...

¡Del injusto rigor con que me hiere  
tu ingratitude!... ¡De que mi amor se

[muere,

en tu cansado corazón, de hastío!

(Del ajimez del torreón descenden lentamente las notas de un laúd. Ambos se quedan inmóviles, clavando los ojos en la celosía.)

ISABEL

(Cantando dentro.)

«Ausente del bien que adoro,  
en tierra de infieles vivo,  
como un ruiñeñor cautivo  
en una jaula de oro.

Y sin esperar consuelo  
en su dorada prisión,  
como una flor entre el hielo  
se muere mi corazón...»

- HUMEYA (Como quien despierta de un sueño, dirigiéndose a Zahara.)  
¡Oh, qué dulce canción! ¿Has escuchado algo más dulce que esa cantinela?
- ZAHARA (Conmovida también al encanto doloroso de la música.)  
¿Qué ruiseñor agonizó de pena?
- HUMEYA (Sin poder reprimir su entusiasmo.)  
¿Qué ruiseñor?... ¡Doña Isabel Mer-  
[cado]!...
- ZAHARA (Al oír el nombre de la rival odiada, retrocede, como quien ve dentro, al inclinarse a beber en la fuente, la vibora que le acecha entre los juncos de la orilla.)  
¡Ella siempre!... ¡Maldita la sirena que tu amor y mi dicha me ha robado!  
(Su voz tiene estridencias de odio. Sus ojos relampaguean de rencor, y adquiere de súbito un aire hostil y agresivo que contrasta violentamente con la humildad anterior.)
- HUMEYA ¡Cállate!...  
(Violentemente, como si una mano cruel e indiscreta le oprimiera, hasta hacerle sangrar una llaga oculta.)
- ZAHARA (Exaltándose en su rencor, con los puños crispados y los dientes rechinantes, como si desgarrase las palabras.)  
¡No amordaces mis anhelos!  
¡Deja que en gritos mi furor estalle!  
¿Cómo quieres, señor, que el labio calle cuando se rompe el corazón de celos?...  
¡Mi amor ha de triunfar de esa cristiana!  
No vencerá doña Isabel... ¡lo juro!
- HUMEYA (No pudiendo reprimir la cólera que le produce la profanación y amordazando con su mano los labios osados.)  
¡Cállate, infame, que ese nombre puro al pasar por tus labios se profana!  
(La sujeta violentamente por un brazo, dominándola con la fiera de su gesto y la agresiva fulminación de la mirada.)  
¿Qué eres tú? ¿Quién franquicia te con- a inquirir de mi vida en el arcano, [cede misera flor de harem, a la que puede cuando le plazca, deshojar mi mano?...  
¡Hunde en el polvo tu arrogancia fiera

- y respeta el secreto que atesoro!...  
(Zarandeándola amenazante.)  
¡Ay de ti, miserable, si quisiera tu aliento empañar a la mujer que adoro!  
(Zahara va a hablar. Aben-Humeya le indica silencio con un gesto.)
- ZAHARA (Agitándose convulsivamente como una agonizante.)  
¿Cómo callar, si siento en mis entrañas, hundiendo en mí sus corvos aguijones, más víboras hambrientas y escorpiones que esconden esas ásperas montañas?
- HUMEYA (Frenético de ira.)  
¡Ponle freno a tu voz!... Calla y olvida la íntima llaga que en mi pecho escondo.  
¡Una palabra más... y no respondo de no ahogarla en mis manos con tu [vida]!
- ZAHARA (Retrocediendo, espantada, con toda la feroz ironía de su impotencia.)  
¿Tanto la amáis?
- HUMEYA (En un arranque de pasión, como quien desborda una copa colmada.)  
Para obtener siquiera una sonrisa suya, una mirada, todo mi triste corazón le diera:  
¡hasta el trono de oro de Granada!
- ZAHARA (Espantada y envidiosa al mismo tiempo de aquella pasión.)  
¡Me lo dices a mí!...
- HUMEYA (Sin oírla, como hablando consigo mismo.)  
Desde el momento en que la vi, sentí que florecía dentro del corazón un sentimiento de eternidad... Su imagen de alegría y de ambición mi juventud ha henchido; y fuera de ella, para mí, no existe sino la sombra y el silencio, ¡el triste reino de las tinieblas y el olvido!  
¡Es mi supremo bien!... ¡Sólo por ella mi ardiente corazón encuentra bríos para luchar contra la infausta estrella

que fué siempre enemiga de los míos!...

(Resuena un redoble de atambores cercanos.)

ZAHARA

(Irguiéndose, desafiante, como si aquel redoble guerrero despertase en lo más hondo de sus entrañas la altivez indomable y toda la salvaje y violenta acometividad de su raza.)

¡ Cuando al amor le roban la esperanza, para poder vivir y alimentarse sólo le queda un fruto: ¡ la venganza! ¡ y juro que mi amor ha de vengarse!...

(Quedan un instante los dos frente a frente, agitados por el torbellino de sus pasiones llameantes y encontradas: tal un león y una pantera, que recogen sus fuerzas y las disponen para el último choque. Resuenan más cerca los atambores. Ben-Alguacil aparece por la puerta de la derecha, inclinándose ante Aben-Humeya.)

ESCENA II

Dichos, BEN ALGUACIL y EL HABAQUÍ.

ALGUACIL Banderas turcas señaló el vigía. Las gente de Huezín tornan triunfantes. Por las abruptas sendas de esta umbría

(Señalando al foro.)

se ven trepar las huestes, y ondeantes desplegarse a los vientos las enseñas... ¡ y el eco multiplica los clamores de sus roncas trompetas y atambores por las concavidades de esas breñas!...

(Aben-Humeya, El Habaquí y Alguacil se dirigen al fondo a observar desde las almenas. Zahara se les va acercando poco a poco, como atraída por algo irresistible, superior a su voluntad, y observa también.)

ALGUACIL

(A Aben-Humeya, señalando con la mano bajo las almenas.)

¡ Vé, señor! Entre una nube de polvo, la brava gente de Huezín, triunfante sube por esa larga pendiente.

HABAQUÍ

(Señalando también.)

¡ Qué tristes y pensativas, agobiadas por sus penas, van las cristianas cautivas arrastrando sus cadenas!

HUMEYA

(Conmovido por el cuadro trágico que pasa ante sus ojos.)

¡ Allí vienen entre ultrajes, denuestos y maldiciones, descalzas y hechos jirones los mantelos y los trajes! Hinchá el dolor sus gargantas; sus rizos desgrefa el viento, y en donde posan las plantas dejan un rastro sangriento. ¡ Resbalan por el espanto de sus mejillas hundidas el llanto de sus heridas y la sangre de su llanto! ¡ Y así suben el sendero, por las picas aguijadas, como reses destinadas a morir al matadero!

HABAQUÍ

(Profundamente conmovido también.)

¡ Su estado es tan lastimoso y es tal su desolación que al pecho más valeroso se le oprime el corazón!

ALGUACIL

¡ Lo mismo que esas cristianas, sufriendo iguales pesares, cruzarán nuestras hermanas, desterradas de sus lares, las estepas castellanas!

HABAQUÍ

¿ Mas, la piedad?... (Volviéndose a Alguacil.)

ZAHARA

(Atajándole, con la voz áspera, vibrante de rencor.)

¿ Quién la siente cuando grita el ciego enojo de nuestra venganza:— Diente por diente y ojo por ojo? ¡ No puede haber compasión!

(Con rencorosa intención, mirando a Aben-Humeya, pero hablando con El-Habaquí.)

¡Pídele tú a la leona  
que perdone al que a traición  
le arrebató su león...  
y verás si le perdona !

(Resuenan atambores por la derecha. Todos se vuelven. Sólo Aben-Humeya permanece en el fondo.)

ESCENA III

Dichos, HUEZÍN (capitán turco), ABEN-ABÓO (caudillo morisco), capitanes, soldados y cautivas. Por el arco derecho penetran Huezín y Aben-Abóo, seguidos de los capitanes.

(Las cautivas, custodiadas por los soldados, se detienen un instante bajo el arco. Aben-Humeya se vuelve a los que entran. Todos se inclinan y abaten armas.)

HUEZÍN

(Adelantándose.)

¡El cielo os guarde, señor !  
¿Qué tal fué la empresa, Huezín?

HUMEYA  
HUEZÍN

(Con dureza.)

¡Si ha sido bueno el botín,  
la matanza fué mejor !  
Victoriosas y altaneras,  
dando a los infieles caza,  
llegaron nuestras banderas  
hasta los muros de Baza...  
¡Y mis valientes guerreros,  
de matar tantos cristianos,  
cansadas tienen las manos  
y mellados los aceros !

(Señalando a las cautivas.)

¡Aquí tienes las cautivas !

ALGUACIL

(A los capitanes.)

¡Buena partida apresasteis !

HUÉRFANA

(Sollozando.)

Si a nuestros padres matasteis  
¿por qué nos dejasteis vivas?

(Los capitanes se separan para dejar paso a las prisioneras. Vienen pálidas, desgrefiadas y sangrientas. Las ropas, hechas jirones, y los pies, des-

calzos. Toda la bárbara crueldad de la guerra se refleja en la miseria desoladora de su aspecto.)

HUEZÍN

(Señalándoles a Aben-Humeya.)

Aquí esta el rey...

ABÓO

¡Besad  
el polvo que su pie huella !

SOLDADOS  
CAUTIVAS

¡ Viva ! ¡ Viva Aben-Humeya !

(Cayendo de rodillas.)

¡ Piedad ! ¡ Justicia ! ¡ Piedad !...

¡ Nos dejaron sin esposos,  
sin padres y sin hermanos !

ZAHARA

(Con vengativa complacencia.)

¿ Acaso son los cristianos  
con nosotros más piadosos ?

¡ En Jubiles y en Laroles,  
en Feliz, Güejar y Ohanes,  
aun se lloran los desmanes  
de los tercios españoles !...

(Las cautivas sollozan, prosternadas. Sólo la Demente permanece de pie, rígida como una amenaza. Sus ojos llamean y sus greñas parecen erizadas de espanto. Todo su aspecto hace sentir la frialdad marmórea del pánico.)

HUÉRFANA

(Con las manos suplicantes tendidas a Aben-Humeya.)

¡ Después de darle tormento,  
mi padre, señor, quemaron,  
y a mí misma me obligaron  
a echar su ceniza al viento !

OTRA

¡ Ante mi vista, un soldado  
rasgó el seno de mi madre !...

¡ Con el cuerpo de mi padre  
a la ballesta han jugado !...

LA HERMANA

¡ A mis hermanos clavaron  
en la Peza, en una cruz !...

LA VIUDA

¡ A mi esposo me forzaron  
a herir con un arcabuz !

LA DEMENTE

(Con los puños crispados, tendidos a Aben-Humeya, como amenazando a un fantasma. Su voz tiene la dureza impenetrable de la fatalidad.)

¡ Por tus infames acciones,  
tirano, maldito seas !...

¡Que por tus propios sayones  
asesinado te veas!

(Los soldados intentan golpearla, pero un gesto de  
Aben-Humeya los detiene.)

LA HUÉRFANA (Disculpándola.)

Perdió, señor, la razón...

LA VIUDA ¡Cómo no la iba a perder,  
si le dieron a comer  
de su hijo el corazón!

(Aben-Humeya se estremece de horror, apartando  
los ojos de las cautivas, temeroso de que su emo-  
ción se exteriorice.)

HUMEYA

(Al Habaquí.)

Las cautivas encerrad  
en esa torre...

(Señalando el torreón de la izquierda.)

CAUTIVAS

¡Tened  
de nosotras caridad!  
¡Perdón!

HUMEYA

¡Alzad! (Se vuelve al Habaquí.)

¡Atended  
su sustento con holgura!...

CAUTIVAS

(Alzándose.)

¡Gracias, mil gracias, señor!...

ZAHARA

(Con rencor, viéndolas salir.)

¡Darles fuera lo mejor  
en los fosos sepultura!

LA DEMENTE

(Volviéndose, al salir, hacia Aben-Humeya, en un  
ademán de maldición.)

¡Por tus infames acciones  
será inflexible tu estrella!...

¡Morirás, Aben-Humeya,  
a manos de tus sayones!

(Aben-Humeya se estremece, como si la sombra de  
un presentimiento cercano le rozase con sus alas de  
hielo. Las cautivas desaparecen por la puerta del  
torreón, precedidas del Habaquí y custodiadas por  
algunos soldados.)

### ESCENA IV

Dichos menos El Habaquí, las cautivas y soldados.

HUMEYA

(A los capitanes.)

¡Vuestras banderas triunfantes  
congregad para partir  
esta tarde!...

HUEZÍN

(Adelantándose.) ¡Señor, antes  
mis quejas tienes que oír!...

HUMEYA

(Sorprendido.)

¿Qué dices, Huezín?

HUEZÍN

(Con resolución.)

¡ Aunque

me taches, señor, de osado,  
con rudeza de soldado  
la verdad te contaré!

Las banderas africanas  
que aquí conmigo vinieron,  
y leales combatieron  
contra las huestes cristianas  
por libertar tu nación

y sostenerte en el trono,  
se quejan de tu abandono...

¡ y se quejan con razón!

¡ Las pagas que devengadas  
en estas diez lunas llevan  
aun no les fueron pagadas,  
y contra mí se sublevan!...

¡ Y si yo hubiera sabido  
lo que me esperaba aquí  
de Argel no hubiera salido,  
pues para vivir así  
combatiendo sin medrar,  
mejor me valiera estar,  
rizada al viento la vela,  
en mi rauda carabela  
pirateando en el mar!...

HUMEYA

(Haciendo un esfuerzo terrible para refrenar su  
enojo.)

¡ Vé y tranquiliza a tu gente,  
prometiéndole, Huezín,

que será suyo el botín...

(Con severa firmeza.)

¡Mas también hazles presente  
a tus revueltos soldados  
que en estas sierras vecinas  
aun quedan robles y encinas  
para ahorcar a los osados !  
¡Y tú, si te amengua estar  
militando en mis banderas,  
puedes irte cuando quieras  
de nuevo a piratear,  
que a los moriscos de España,  
para morir o vencer,  
Huezín, no han de menester  
ayudas de gente extraña !...

(Huezín se inclina, sumiso, ante la promesa del botín. Aben-Humeya se encara con los capitanes.)

¡Capitanes, congregad  
vuestras tropas y tomad,  
antes del anochecer,  
el camino de Motril !...  
Mis órdenes, Alguacil,  
mañana os haré saber !...

(A Aben-Abóo.)

Aben-Abóo, tú serás  
quien mi estandarte reciba...  
De jefe supremo vas...

¡Viva Aben-Humeya !... ¡Viva !

(Inclinándose.)

¡Que Dios te guarde, señor !

(Despidiendo con un gesto a los capitanes y disponiéndose a salir por la izquierda.)

¡Y a ver si en esta jornada  
el camino de Granada  
nos abre vuestro valor !

(Sale por la izquierda. Los capitanes desfilan por la derecha. Al ir a salir Alguacil, Zahara se interpone y lo detiene.)

CAPITANES  
ABÓO

HUMEYA

ESCENA V

ZAHARA y BEN-ALGUACIL.

ALGUACIL

(Sorprendido por la determinación de Zahara.)

¿Por qué ante mí te presentas,  
cuando sabes que al mirarte  
las heridas mal cerradas  
en mi corazón se abren?

(Con inquietud.)

¿Qué quieres de mí, Zahara?

¿Qué anhelas?...

ZAHARA

(Con resolución, clavando en él, para dominarle, sus grandes ojos negros.)

¡Tengo que hablarte !

ALGUACIL

(Receloso.)

¿Qué tienes que hablarme?

ZAHARA

(Aproximándose y dominándole con la mirada.)

¡Escucha !

¿Aun en tus entrañas arde  
ese fuego inextinguible  
que, como en el alma nace,  
vive con el alma eterno  
y no hay frialdad que lo apague?...

(En voz baja.)

¿De Aben-Humeya tus celos  
quieren, Alguacil, vengarse?

(Sin poder reprimir su rencor.)

¡Aunque tuviese en las venas  
y en el corazón más sangre  
que agua, juntos, en su seno  
encierran todos los mares,  
la sed voraz de mis odios  
la agotara sin saciarse !

(Con recelo, mirando a todos lados, como temeroso de que le escuchén.)

¿Pero tú, para qué avivas  
las pasiones infernales  
que bajo las apariencias  
de ésta su misión cobarde,  
adormidas y encubiertas,

ALGUACIL

pero no extinguidas, yacen  
igual que bajo la nieve  
de esos picachos gigantes,  
crepitan, hierven y rugen  
las llamas de los volcanes?

(Con desgarradora ironía.)

¿No te bastan los desprecios  
con que a mi amor ultrajaste,  
sino que, piadosa, quieres  
darme muerte, porque sabes  
que es sin tu afecto la vida  
una carga intolerable?...

¿Vienes a encender mis odios  
para después delatarme?...

(Con voz intensamente conmovida, mirándola con profunda emoción.)

¡Delátame a mi verdugo!  
¡Haz que ruede, si te place,  
a tus plantas mi cabeza!...  
¡Pisotéala, como antes  
todas las dichas del mundo  
con mi amor pisoteaste,  
que al sangrar bajo tus plantas,  
siempre ardientes y leales,  
mis pobres labios crispados  
se abrirán para besarte!

ZAHARA

¿Tal me juzgas, que me crees  
capaz de acción tan infame?

(Con todo el furor reconcentrado de su orgullo herido.)

¡No vengo a avivar tus iras  
para después delatarte,  
sino a fundir con tus odios  
mis odios, que aun son más grandes,  
para que juntos y a un tiempo  
sobre su vida derramen  
la ponzoña de tus víboras  
y el veneno de mis áspides!  
¡Nunca, Alguacil, del desierto  
en los secos arenales,  
por la sed enloquecidos  
y azuzados por el hambre,

su presa con tanta rabia  
devoraron los chacales,  
como los celos que siento  
el corazón devorarme!...  
¡Si yo con su amor, voluble,  
burlé tu pasión constante,  
él por la esclava cristiana  
mayor la afrenta me hace,  
que siempre es mayor la afrenta  
cuando el cariño es más grande!

(Con salvaje alegría.)

Por fin te llegó la hora...

¡Gracias al cielo que sabes  
cómo nos duelen y sangran  
las heridas incurables!

¡Como las hiedras, que trepan  
y se enroscan a los árboles,  
y a medida que las ramas  
sin savia, marchitas, caen,  
más lozanas y más verdes  
sus cabelleras esparcen,  
así los celos se enroscan  
al pecho de los amantes;  
y no hay hacha que los corte  
ni mano que los arranque,  
que después de muerto el tronco  
aun viven de su cadáver!...

ALGUACIL

ZAHARA

¡Ya que tu afrenta y la mía  
son afrentas semejantes,  
hagamos que también sean  
nuestras venganzas iguales!

ALGUACIL

(Con misterio, espiondo por si lo oyese.)

¡Su trono y su vida están  
en mis manos... y en el aire...  
que lo que inventan los celos  
no puede inventarlo nadie!  
¡En mis redes le he prendido  
y de ellas no hay quien le salve,  
porque envidias y recelos  
sembré entre sus capitanes,  
y lo que son nubes hoy  
serán después tempestades!...



¡ Sólo una chispa hace falta para que el incendio estalle !...  
¡ Y como estalle el incendio ni el cielo podrá salvarle !

(Al mirar recelosamente a un lado y otro, advierte la presencia de doña Isabel en el arco de la izquierda. Se vuelve a Zahara y le señala el arco.)  
Aquí viene la cautiva...

ZAHARA

(Como si, a la evocación de la enemiga, una idea terrible se apoderase de ella.)

¡ Vete !

(Imperiosamente a Alguacil, señalándole la puerta de la derecha.)

ALGUACIL

(Dudando.) ¿ Qué intentas ?

ZAHARA

(Como quien toma una resolución inquebrantable.)  
¡ Hablarle !

ALGUACIL

(Receloso.)

Mas advierte...

ZAHARA

(Con el brazo tendido hacia la puerta, en un gesto de irreductible firmeza.)

¡ Vete presto !...

¡ En esa explanada aguardame, y verás cómo se vengán las gentes de mi linaje !

(Sale Alguacil por la derecha. Doña Isabel aparece, como ajena a todo cuanto le rodea, en el arco de la izquierda. Al verla Zahara, da un grito y tiende los brazos al cielo, como pidiendo fuerzas para realizar sus designios.)

¡ Venganza, azuca tus dardos ; odio, afila tus puñales, que las ofensas de amor sólo se borran con sangre !

### ESCENA VI

ZAHARA y DOÑA ISABEL.

ZAHARA

(Deteniendo a doña Isabel, que avanza hasta el centro de la escena, abstraída en sus pensamientos.)

¡ Cristiana, detente ! Mira mis ojos... ¿ Qué ves en ellos ?

ISABEL

(Sobresaltada ante el mirar relampagueante de Zahara.)

¡ Déjame pasar !... ¡ Aparta !...

ZAHARA

(Cortándole el paso.)

¿ Huyes de mí ?

ISABEL

(Retrocediendo, con ingenua timidez.)

¡ Me das miedo !...

¡ Tu rostro es el de un cadáver, y tus ojos echan fuego !...

ZAHARA

(Aproximándose, desgarrando las palabras entre sus dientes.)

¡ Es el odio en que me abraso, que, no cabiendo en mi pecho, se me escapa por los ojos !...

¡ Ve como estaré por dentro !

ISABEL

(Espantada.)

¿ Odias ?

ZAHARA

(Con risa sarcástica.)

¡ Y tú lo preguntas siendo causa de este incendio !  
¡ El volcán que me devora es de odio y de celos !...

(Transfigurada de rencor.)

¡ Celos de ti, vil cristiana, y odio a ti !... ¡ Y al par me siento por el infierno abrasada y yo abrasando al infierno !

¡ El odio que en nuestras razas enemigas encendieron

ocho siglos de continuos combates a sangre y fuego,

en mí ruge con la rabia de un león en el desierto !...

¡ Y los celos en qué ardo son tales y tan violentos,

que extraño que ya en cenizas no hayan trocado mi cuerpo !...

(Irguiéndose amenazante.)

¡ Maldita la noche aquella en que en Cádiar, bajo el techo de mi mesón te acogiste !...

¡ Más te valiera haber muerto

quemada, como en la iglesia  
tus hermanos sucumbieron,  
que morir dentro de mí  
devorada por mis celos!

(La sujeta violentamente.)

ISABEL

(Forcejeando por escapar.)

¡Apártate!... ¡No te acerques,  
que me profana tu aliento!

(Cae de rodillas. Zahara saca un puñal del seno.)

¡Piedad! ¡Amparo! ¡Socorro!...

¡Valedme y salvadme, cielos!...

ZAHARA

(Alzando el puñal para herirle. Aben-Humeya apa-  
rece en el arco de la izquierda.)

¡Ya verás cómo se vengán  
las leonas del desierto!

### ESCENA VII

Dichas y ABEN-HUMEYA.

HUMEYA

(Deteniendo el brazo de Zahara cuando va a herir  
a doña Isabel.)

¡Atrás, Zahara! (La rechaza.)

¿Qué intentas?

ZAHARA

(Forcejeando por librarse de Aben-Humeya, como  
la fiera a quien arrebatan la presa.)

¡Vengarme de tus desprecios!

HUMEYA

(Oprimiéndole la muñeca hasta obligarle a soltar  
el hierro.)

¡Suelta el puñal, si no quieres  
que su fino y corvo acero,  
en vez de hundirse en el suyo,  
se hunda hasta el pomo en tu pecho!...

(Zahara da un grito. Aben-Humeya se vuelve y tien-  
de la mano galantemente a doña Isabel.)

¡Alzad, señora! (A Zahara, imperiosamente.)

¡Y tú, pronto,

de rodillas!... ¡Besa el suelo  
que ella pisa!...

ZAHARA

(La vuelve a sujetar nuevamente para obligarla.)  
(Retorciéndose de desesperación.)

¡Dadme muerte,

si es que la muerte merezco,  
porque la muerte mil veces  
a esta humillación prefiero!

(Casi doblándola.)

¡Pronto, pronto de rodillas!

HUMEYA

ZAHARA

(Mirándole con toda la desesperación de su impo-  
tencia.)

¿Tú lo quieres?

HUMEYA

(Dominándola con la fiereza de sus ojos.)

¡Yo lo quiero!...

ZAHARA

(Sollozando, casi vencida.)

¿Me humillas así?

HUMEYA

(Duramente.)

¡Te humillo!

ISABEL

(Intercediendo.)

¡Perdonadla!...

ZAHARA

(Que estaba ya rendida, con las rodillas casi do-  
bladas, hace un esfuerzo supremo y se yergue de  
nuevo amenazante.)

¡Yo desprecio

perdón que de ti me venga!...

¿De ti?... ¡Ni la vida acepto!

¡Y si la vida me dices

fuera tal mi sentimiento,

que por no deberte nada

me diera la muerte luego!...

HUMEYA

(Avanzando amenazador. Zahara retrocede hacia  
la derecha como una fiera acorralada.)

¡Calla o te pondré a tus labios

una mordaza de hierro!

Víbora que entre juncales

guarda oculto tu veneno,

¡ay de ti si nuevamente

en mi camino te encuentro!

¡Ay de ti si audaz te atreves

a empañar siquiera el cielo

de esos ojos!... ¡De una almena

mandaré colgar tu cuerpo

para que sacie las hambres

de los buitres y los cuervos!

(Lanza el puñal por una de las almenas.)

Apártate de mi vista...

ZAHARA

(Retrocediendo de espaldas y saliendo por el arco

de la derecha, reflejando en su voz y en su rostro toda la desesperación de su impotencia.)  
¡Vengad esta afrenta, celos!...

### ESCENA VIII

DOÑA ISABEL y ABEN-HUMEYA.

(Hay un instante de silencio en el que los dos se contemplan profundamente conmovidos.)

ISABEL (Rompiendo timidamente el silencio.)  
Nadie más agradecida  
os habrá de estar, señor,  
porque dos veces la vida  
le debo a vuestro favor!

HUMEYA (Contemplándola con honda y sincera emoción.)  
Cristiana, dime: ¿hasta cuándo  
te envolverá esa tristeza,  
que si aumenta tu belleza  
a mí me está amortajando?  
¡Deja tus suspiros hoy,  
que, en mi enamorado afán,  
celoso de ellos estoy...  
porque no sé dónde van!  
¡Aquí, a tu capricho, tienes  
sedas, joyeles y oros,  
que son tuyos los tesoros  
que custodio en mis harenes!...  
¡Y de esta sierra bravía  
que de nieve se engalana  
serás la altiva sultana  
siendo la sultana mía!...  
¡Y mañana, cuando, fiera,  
en las torres de Granada  
flote, al viento desplegada,  
la gloria de mi bandera,  
tendrás para tu recreo  
alcázares, camarines,  
miradores y jardines  
cual nunca soñó el deseo!...

¡Y si eso no le bastara  
a tu ciego frenesí,  
una nueva Alhambra alzara  
mi cariño para ti!...

ISABEL

(Con humilde sencillez.)

¡Señor, a ofrecerme vienes  
lo que alma no ambiciona,  
que el peso de una corona  
es mucho para mis sienes!  
¡Más que Granada y su vega  
y su Alhambra, yo prefiero  
el recogimiento austero  
de mi casa solariega,  
y al amor de un soberano  
el casto amor ejemplar  
que el sacerdote cristiano  
bendice al pie del altar!  
¡Cesad en vuestra porfía, (Suplicante.)  
y que os baste el confesaros  
que si yo pudiera amaros,  
don Fernando, os amaría!

HUMEYA

(Con celosa ansiedad.)

¿A otro amas?... Habla...

ISABEL

(Después de un corto silencio, con enérgica resolución.)  
¡Sí!

(Pequeña pausa. Aben-Humeya se estremece, como agitado por la impetuosa violencia de su raza.)

HUMEYA

(Con desesperada amargura, refrenando su ira.)

¡Y a declararlo te atreves  
a quien la vida le debes  
y su vida cifra en ti!...  
¡A quien por ti despreciara  
el trono de sus mayores,  
y de su Dios renegara  
en pago de tus favores!...  
¿No sabes, en tu anhelar,  
que pudiera mi furor  
a viva fuerza tomar  
lo que hoy me niega tu amor?..  
¡Y si place a la fiereza  
de mi orgullo soberano

ISABEL

puede rodar tu cabeza  
a una señal de mi mano !...

(Con resignada tristeza.)

Estoy en vuestro poder.

¡ Por esclava me tenéis,

y podéis conmigo hacer

todo cuanto deseéis !...

Yo, tranquila, me someto,

señor, a tu voluntad...

¡ Tan sólo os pido respeto !...

¡ Mi triste amor respetad !

(Como disculpándose, con la voz velada por las lágrimas.)

La noche maldita, cuando

me amparó vuestra hidalguía,

mi corazón, don Fernando,

ya no me pertenecía...

Mi honra vuestra acción salvara,

¡ mas que no digan, por Dios,

que la defendisteis para

robármela luego vos !

¡ Olvidadme, que el olvido

bálsamo será después !...

¡ Por vuestros padres lo pido

sollozando a vuestros pies !

(Se postra de rodillas, regando con su llanto las plantas de Aben-Humeya.)

HUMEYA

(Estremecido profundamente por el recuerdo del dolor paterno.)

¿ Por mis padres ? ¡ Qué irrisión !...

¡ No sabes tú, desdichada,

que pudriéndose en Granada

están, en una prisión !...

ISABEL

(En un llamamiento desesperado de piedad.)

¡ Por tu Dios !

HUMEYA

¡ Mi Dios me lanza

al mal si te pierdo a ti,

que eres la sola esperanza

de la fe con que creí !

ISABEL

(Sollozando.)

¡ Por mi amargo padecer !

(Aben-Humeya, profundamente conmovido, la contempla con los ojos húmedos de lágrimas.)

¡ Por las lágrimas que, hurañas,

tiemblan en vuestras pestañas

sin atreverse a caer !...

HUMEYA

(Después de una terrible lucha consigo mismo, como dirigiéndose a algo invisible cuya fatalidad siente en su corazón.)

¡ Cúmplase la voluntad

omnímoda de mi estrella !...

¡ Otra vez, Aben-Humeya,

solo con la adversidad !

(Le tiende la mano a doña Isabel y la alza. Su voz tiene temblores de llanto.)

Si a mi cariño prefieres

el amor de otro doncel...,

desde ahora libre eres...

¡ Dios te bendiga, Isabel !...

¡ Y como dote de bodas,

y espero que lo recibas,

te regalo, Isabel, todas

esas cristianas cautivas !...

¡ Adiós, locas ambiciones !...

¡ Para mí sólo te pido

que no me des al olvido

al rezar tus oraciones !

¡ Y que si caigo algún día

con mi destino luchando,

llores por mí, vida mía,

como estoy por ti llorando !...

(Se queda un instante llorando con el rostro oculto entre las manos. Doña Isabel le contempla con profunda piedad.)

ISABEL

¡ No os olvidaré, señor,

y siempre estará mi vida

en deuda y agradecida

a tan inmenso favor !

HUMEYA

(De pronto, bruscamente, como si se avergonzara de su propia debilidad y temeroso de que las fuerzas le abandonen.)

¡ Disponed vuestra partida !

(Se acerca a la puerta de la izquierda y llama con voz de trueno.)

¡Partal!

PARTAL

(Que aparece y se inclina en el umbral.)

¡Mi señor, mandad!

HUMEYA

(Con los ojos clavados en el cielo, como pidiéndole fuerzas para el amante sacrificio.)

¡Adiós, esperanzas vanas!

(En voz alta a Partal.)

¡A las cautivas cristianas

da en mi nombre libertad!

¡Y sin perder un momento,

con el escuadrón más fiel,

al cristiano campamento

escolta a doña Isabel!... (Sale Partal.)

ISABEL

(Queriendo besarle la mano.)

¡Gracias!

HUMEYA

(Esquivando el beso y dejándola pasar por el arco.)

¡Márchate, cristiana,

que aun eres mi tentación!

(Desaparece doña Isabel, dirigiendo antes una inmensa mirada de piedad a Aben-Humeya. Este la sigue con los ojos. Después intenta ir tras ella; pero se detiene un instante y vacila, apoyando la mano en el corazón.)

¡A toda pasión humana  
te has cerrado, corazón!

(Se va lentamente por el arco de la izquierda.)

### ESCENA IX

ZAHARA sola.

(Entrando recelosamente por el arco de la derecha y mirando salir a Aben-Humeya, como si hubiese estado espionando la escena anterior.)

¡Todo, todo se ha acabado  
para mí!... ¡Llora por ella!...

¡Me vengaré, Aben-Humeya,  
como nadie se ha vengado!

¡No abrigues ni la esperanza

de aplacar este furor,  
porque será mi venganza  
aun más grande que mi amor!

### ESCENA X

Dicha, ALGUACIL y ABEN-ABÓO, que entran conversando agitadamente por la derecha.

ABÓO Yo le expondré los enojos...

ALGUACIL ¡Será inútil, porque él  
tan sólo ve por los ojos  
de la cristiana Isabel!

ABÓO Yo le hablaré con lealtad...

ALGUACIL (Cortándole la palabra.)

¡Nuestras quejas serán vanas!...

ZAHARA (Aproximándose.)

¿Qué pasa?

ALGUACIL ¡Que a las cristianas  
ha dado el rey libertad!

ABÓO Con la noticia tememos  
que se revuelva la gente,  
y hablar con el rey queremos...

ZAHARA (En voz baja.)

¡Le hablaréis inútilmente!

(Bajando aun más la voz, con profundo misterio.)

¡Se ha vendido a los cristianos  
y a ellos nos quiere entregar,  
para su vida salvar  
a costa de sus hermanos!

ABÓO (Protestando.)

¡Es mi sangre, Aben-Humeya!...

¡Respétala!

ZAHARA (Con infernal complacencia.)

¡Qué ilusión!...

¡Te manda a una expedición  
para que mueras en ella!

ABÓO (Fieramente, sin querer darle crédito.)

¡Mientes!

ZAHARA (Serenamente.) ¿Que yo miento?... ¡No  
verás el sol en Motril!...

¡ Pregúntaselo a Alguacil,  
que él lo sabe como yo !

ABÓO (Ansiosamente, volviéndose a Alguacil.)  
¿ Pruebas ?

ALGUACIL (Dudando un momento, como quien dispone un plan.)  
Te las daré luego...  
(Con resolución, bajando la voz.)

¡ Cuando esta noche, en Mairena,  
te pueda mostrar el pliego  
donde a muerte te condena !

ABÓO ¡ Si me llegas a probar,  
Ben-Alguacil, su vileza,  
te juro que su cabeza  
a mis pies ha de rodar !  
(Se oye fuera un confuso griterío. Los tres se vuelven hacia la derecha.)

ZAHARA (Escuchando.)  
¿ No oís ?

ABÓO ¿ Qué algazara es ésa ?

ALGUACIL (Mirando por el arco.)  
¡ Parece que amotinados  
aquí vienen los soldados  
para reclamar su presa !  
(Fuera.)

VOCES ¡ Que nos dejen las cautivas  
y entre todos se repartan !  
(Los soldados, capitaneados por Huezín, invaden tumultuosamente la escena por la entrada de la derecha.)

ESCENA XI

Dichos, HUEZÍN y amotinados.

ABÓO ¿ Qué ocurre ?

HUEZÍN ¡ Al rey ver queremos  
y decirle, cara a cara,  
que las cautivas de aquí  
no se van... ¡ Son presa franca  
y a todos nos pertenecen !

AMOTINADO ¡ Como del castillo salgan,

aunque leones las guarden  
serán nuestras !...

HUEZÍN ¡ Las espadas  
no han de tornar a los cintos  
mientras no se nos repartan !  
(Todos asienten gritando.)

ABÓO (Con firmeza.)  
Yo hablaré al rey, y os prometo  
que no se irán...

ALGUACIL (Con resolución.) ¡ Vuestra causa  
será nuestra !

ZAHARA (Con salvaje alegría.)  
¡ Ya comienza  
a dar frutos mi venganza !

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, ABEN-HUMEYA, DOÑA ISABEL, EL HABAQUÍ, FARTAL, CAUTIVAS y ARCABUCCEROS de la guardia real. Cuando es mayor el tumulto, Aben-Humeya aparece por el arco del torreón, seguido de doña Isabel y las cautivas, emparadas por los arcabuceros. La inesperada presencia del rey hace retroceder un instante a los rebeldes.

HUMEYA (Adelantándose solo, con un gesto dominador y magnífico.)  
Moriscos, ¿ qué pretendéis ?  
(Los amotinados se rehacen, cercando, amenazadores, a Aben-Humeya.)

AMOTINADO ¡ Que se reparta la presa !

HUEZÍN ¡ Que las cautivas nos deis !...

HUMEYA ¡ Será vana vuestra empresa !...

HUEZÍN (Amenazante.)  
¡ No les darás libertad !

HUMEYA (Irguiéndose, en un arranque supremo de dignidad.)  
¡ Y habéis llegado a creer  
que el temor llegue a poner  
frenos a mi voluntad !... (Desafiante.)  
¡ A vuestra necia osadía  
mi regio orgullo resiste,  
que donde yo estoy no existe

más voluntad que la mía !  
Nunca al miedo me rendí...

(A las cautivas, que tiemblan.)

Cautivas, libres estáis...

(Mostrando fieramente el pecho a las espadas de los rebeldes.)

¡ Y a ver, moriscos, si osáis  
hacer armas contra mí !...

(Los amotinados van retrocediendo. Algunos envainan los alfanjes.)

Todo el peso de mi ley  
os haré sentir ahora...

(Se vuelve y le da galantemente la mano a doña Isabel.)

¡ Mi mano tomad, señora !...

(Con imperio, a los amotinados.)

¡ Abrid paso a vuestro rey !

(Los rebeldes, dominados por su actitud, se inclinan ante Aben-Humeya, dejándole el paso libre y agrupándose temerosamente en el fondo. Desfila la comitiva. Primero doña Isabel y Aben-Humeya, y tras ellos, entre dos filas de arcabuceros, las cautivas. Mientras resuenan añafles y tambores desciende lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



## ACTO CUARTO

Salón del palacio de Aben-Humeya, en Laujar. Al fondo, un amplio arco de herradura que da a un mirador, por cuyos calados ajimeces penetra la marmórea claridad del plenilunio. A la izquierda, una puerta. A la derecha, el alhamí real, cuyo arco de entrada cubre un rico tapiz de oriente. En el segundo término, otra puerta. Divanes con almohadones bordados. Alcatifas fastuosas. Pebeteros en los ángulos. Lámparas moriscas.

### ESCENA PRIMERA

ABEN-HUMEYA, reclinado en un diván, cerca del alhamí. ZORAIDA, tañendo un laúd, al lado de Aben-Humeya. Esclavas, que acompañan la danza golpeando los panderos. ZAHARA, apoyada en el arco del mirador, palpitante de inquietud, como espiondo en la noche algo que espera.

HUMEYA

(Profundamente conmovido, como si el canto despertase en el fondo de su alma toda la amargura de su amor perdido.)

¡ Calla, calla esa canción  
tan honda y tan dolorida !...

¿ No ves que al tocar la herida  
aun sangra mi corazón ?

¡ Tal tristeza en mí levanta  
y tales sueños me evoca,

que parece que la canta  
mi corazón por tu boca !...

¡ Arranca sólo al laúd  
dulces y amantes sonidos

que suspendan mis sentidos  
y alegren mi juventud !

(Zoraida suspende la música. Aben-Humeya perma-